

15 céntimos el número

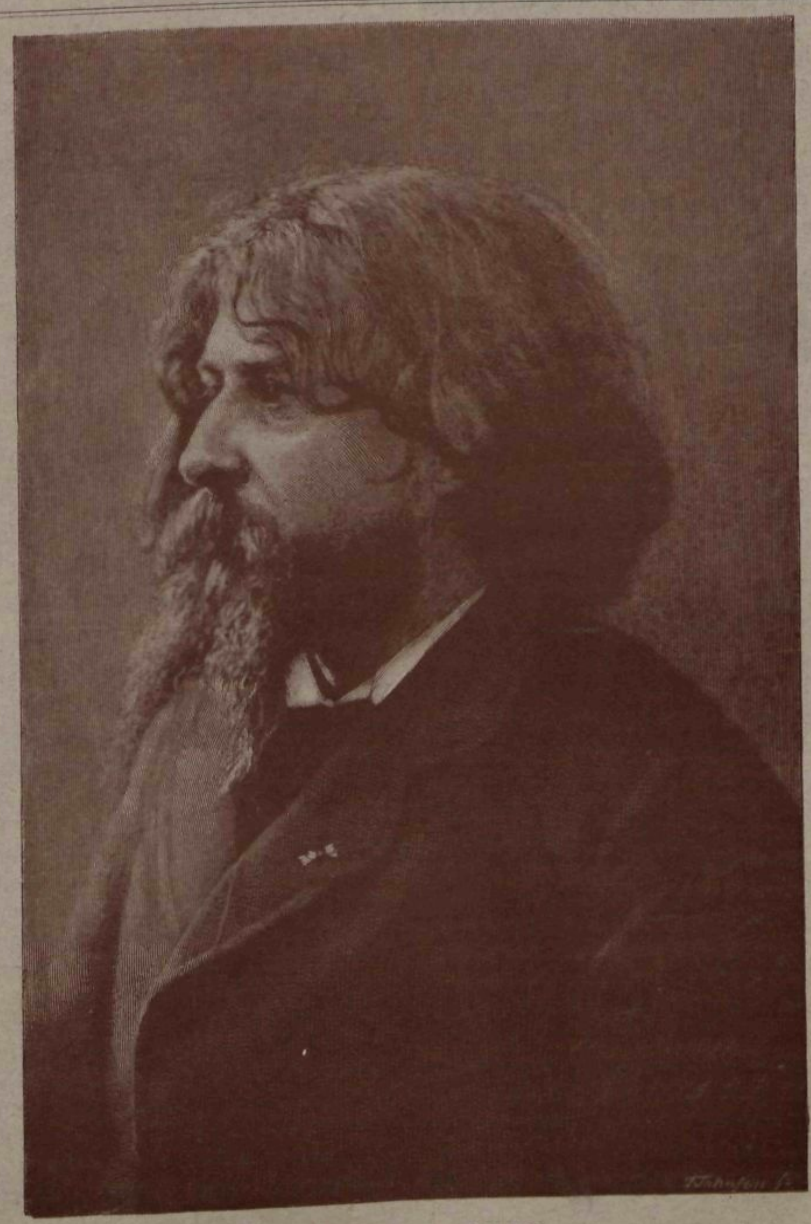


SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 2 Septiembre de 1893

Núm. 66



ALFONSO DAUDET

SUMARIO

Texto.— Crónica, por B. — El Abanderado, por ALFONSO DAUDET. — MI ÁLBUM: El trabajo perdido. — El abejorro (poesías), por SALVADOR RUEDA. — Los conejos de Australia, por ENRIQUE COUPIN. — VIAJE Á LAS BALEARES: Mallorca (continuación), por M. GASTÓN VUILLIER, traducido del francés por C. V. DE V. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta — Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados. — Alfonso Daudet. — VIAJE Á LAS BALEARES: Entrada de Miramar. — La Foradada. — El camino del mar. — La pequeña ensenada de La Estaca. — Una labradora de Miramar. — Alejandro I, rey de Servia. — El rey Milán I. — La reina Natalia. — Palacio real de Belgrado.



Crónica

La sabia y previsora política de Su Santidad el Papa León XIII va produciendo en los Estados Unidos de América los más felices resultados para la Iglesia Católica. El catolicismo ha tenido en aquel gran Estado un desarrollo prodigioso en corto número de años, y á esta circunstancia y á la sabiduría del actual Sumo Pontífice, se debe que las autoridades de aquella República se encuentren dispuestas, como lo señalan todos los indicios, á reconocer de una manera oficial al enviado pontificio. Esto sería un gran triunfo para León XIII y motivo de intenso júbilo para todos los católicos. A la disposición de que hablamos, se debe sin duda alguna la bella carta autógrafa que Su Santidad ha recibido del presidente de los Estados Unidos, Mr. Cleveland, con motivo de su jubileo episcopal. Mr. Cleveland no se ha limitado á un acto de cortesía, atento y respetuoso, sino que ha estado en extremo expresivo, dando muestra del respeto que le inspira la persona del Padre Santo y de la consideración que tiene á la Iglesia de que es cabeza visible. Es un hecho, por nadie negado, que ha podido establecerse en los Estados de la América del Norte la delegación pontificia sin excitar ninguna desconfianza en las autoridades civiles, tan celosas de sus prerrogativas. El delegado del Papa se ve tan respetado bajo el gobierno democrático de Mr. Cleveland como lo fué durante el gobierno republicano de Mr. Harrison. «En pocas partes, dice el respetable *Journal de Bruxelles*, se comprende mejor que en los Estados Unidos la lata y previsora política del Soberano Pontífice, su amor por los pobres y por los obreros, su celo por los progresos de la ciencia, su firme voluntad de mantener la armonía entre la Iglesia y la autoridad civil y sus constantes desvelos para asegurar á los pueblos los beneficios religiosos y sociales del cristianismo.»

* * *

«En todas partes cuecen habas y en mi casa á calderadas,» reza el refrán castellano, el cual tiene ahora aplicación cabal á los apuros financieros por que pasan las principales naciones del mundo. De ellos no se libran siquiera colosos como el imperio de Alemania, cargado aún con los laureles que le procuró la guerra de 1870. De ella proceden también las consecuencias que tienen en

aflictiva situación á su Tesoro. Impúsose entonces el militarismo, aún más de lo que estaba, y los gastos para el contingente del ejército, que es numerosísimo, y para dotarlo de material de guerra á la altura de los modernos adelantos, han acrecentado la deuda de Alemania al punto de ser ahora de dos mil millones de marcos, cuando era cero en 1870. Como saben nuestros lectores, se acaban de aprobar en el *Reichstag* nuevos proyectos militares que exigirán cuantiosos desembolsos. Para cubrirlos será forzoso imponer nuevas contribuciones y aumentar las existentes. En esto no se ocupó el *Reichstag*, que habrá de tratarlo cuando se reanuden sus sesiones en Octubre. Entonces habrá, de fijo, fuertes borrascas. Mientras tanto los quebraderos de cabeza son para el ministro de Hacienda prusiano, señor Miquel, el ex burgomaestre de Hamburgo, quien estudia los planes convenientes al objeto de poder allegar el dinero preciso para plantear las llamadas reformas militares. Para lograrlo ha reunido en Francfort á los ministros de Hacienda de los diversos Estados federados del imperio. El resultado de la conferencia no se ha traslucido, siendo probable que se mantenga secreto á fin de evitar la oposición que la prensa y la opinión pública podría hacer á alguno ó algunos de los proyectos acordados.

* * *

En la lucha electoral que ha habido en Francia han sido rudamente combatidos algunos de los prohombres de la situación, y entre ellos el celeberrimo M. Clemenceau. Para acallar sus palabras, acudieron los contrarios suyos á un recurso que produjo admirable efecto, y que no sería malo que se aplicase á los muchos parlanchines que figuran en los Parlamentos de todos los países. En una reunión pública se le dejó perorar, pero después de cada período, de aquellos períodos compuestos adrede para arrancar aplausos, algunos burlones le respondían en coro imitando el acento inglés ¡*Aoh, yes!* haciéndoles coro en seguida todos ó casi todos los concurrentes. Irritóse, según es de suponer, M. Clemenceau, y como en su exasperación diese de puñetazos en la mesa, la muchedumbre sin consideración alguna, respondía con el ¡*Aoh, yes!* aumentando la ira del orador. Tras de estas interrupciones vinieron los silbidos, que le obligaron á abandonar el local, marchándose á su casa acompañado por un numeroso grupo que le silbaba y denostaba.

* * *

Varias veces hemos hecho notar á los lectores de LA VELADA los tristísimos resultados que producen las huelgas. Aparte de los rencores que suscitan, ahondando más las divisiones entre patronos y operarios, aparte de las desgracias personales que muchas veces originan, en lo económico, son realmente perturbadores y causan daño gravísimo. Actualmente, como dijimos, se hallan en huelga muchísimos mineros de Inglaterra, haciendo temer que esta situación acarree un terrible conflicto el día menos pensado. Pues bien, ¡pásmense nuestros lectores ante las pérdidas que produce esta huelga, calculadas con datos exactos á la vista! Según éstos, los obreros pierden 11 millones de francos de sus salarios; los propietarios de minas 2 millones de ganancias; los ferrocarriles y los canales, 3.625,000 francos de transportes; la navegación 4.125,000 francos de fletes; los establecimientos metalúrgicos 10 millones y medio; los consumidores particulares, á consecuencia del alza del carbón al por menor, 2.250,000 francos, ó dígase en conjunto por semana, una pérdida de

37.500,000 francos. ¿Se quiere algo más elocuente en contra de las huelgas?

* * *

La Compañía de Jesús ha perdido hace pocos días á uno de sus más insignes hijos, el padre don Benito J. Vinyes, sabio y laboriosísimo director del observatorio meteorológico del Real Colegio de Belén de la Habana. El padre Vinyes en aquella hermosa Antilla y el padre Faura en Manila han prestado á la ciencia y al género humano incalculables servicios, á la primera extendiendo el caudal de investigaciones y descubrimientos sobre la meteorología, y al segundo librándole con sus observaciones y advertencias de terribles catástrofes que sin su previsión acaso hubiesen ocurrido. El entierro que se hizo al padre Vinyes demostró la alta consideración en que se le tenía con justicia, puesto que en él se hallaron presentes, ó estuvieron representadas, las personas de mayor autoridad y de más viso de la Habana. El padre Vinyes falleció al pie del cañón, conforme suele decirse, puesto que tres días antes de morir terminaba una obra científica sobre los ciclones en las Antillas, para remitirla á la Exposición de Chicago, obra que puede llamarse su testamento científico. ¡Descanse en paz el alma del ilustre jesuíta y que Dios le haya concedido en otra vida mejor el premio de sus merecimientos!

* * *

Ha fallecido en Vilafranca del Panadés, su villa natal, el doctor don Cayetano Vidal de Valenciano, que figuraba entre los colaboradores de LA VELADA. Una afcción al corazón le ha llevado en poco tiempo al sepulcro, privándonos de un excelente compañero y perdiendo las letras castellanas y catalanas uno de sus más distinguidos cultivadores. El señor Vidal de Valenciano ocupaba puesto privilegiado en la literatura catalana por diversos trabajos que había publicado, entre ellos las narraciones de costumbres *La vida en lo camp* y *Rosada d'estiu*. Señalóse también en la literatura castellana, mereciendo por este concepto ser nombrado individuo correspondiente de la Real Academia de la Lengua. Era, al morir, presidente de la Real Academia Barcelonesa de Buenas Letras é individuo correspondiente de las de la Historia y San Fernando de Madrid. Por oposición entró en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona. Contaba el difunto numerosos amigos que sentirán vivamente su pérdida. ¡Dios haya concedido á su alma la gloria eterna!

* * *

La Junta creada para organizar la Exposición Universal internacional de Madrid en 1894, en la cual figuran hombres conspicuos de todos los partidos y de todas las agrupaciones sociales, trabaja con ahinco en los preparativos del concurso, y al objeto de que se lleve á cabo con el esplendor debido. Se instalará la Exposición en el Palacio del Paseo de la Castellana, denominado Palacio de las Artes y de la Industria, y en los alrededores del mismo, en los que se establecerán los anexos. Se ha publicado el reglamento que la Junta ha hecho imprimir en castellano, francés, italiano, inglés y alemán, con el propósito de facilitar su conocimiento en todos los países del mundo.

* * *

Las cuestiones entre obreros franceses é italianos han vuelto á tomar hace poco en el Mediodía de la vecina

nación un aspecto sangriento. Los franceses persiguieron á los italianos en el trecho que media desde una casa de campo, en donde los últimos se habían refugiado, á la pintoresca población de Aigues Mortes. Doce italianos, trabajadores de las salinas, resultaron muertos, quedando también un francés muerto ó mal herido. Estas luchas se han dado varias veces en los muelles de Marsella, acabando casi siempre en sangre, y debiéndose todas las veces á la ira que despierta en los franceses el ver que los obreros italianos trabajan por menos salario del que ellos exigen. Ocurre con esto algo parecido á lo que pasaba con los chinos en San Francisco de California.

B.

El Abanderado

I



El regimiento estaba formado en batalla en una pendiente de la vía férrea, y servía de blanco á todo el ejército prusiano que, en columna cerrada y frente á frente al enemigo, se hallaba en un bosque vecino. Se fusilaba á veinticinco metros. Los oficiales no cesaban de gritar: «¡Echarse!...» pero nadie obedecía y los valientes soldados permanecían de pie, agrupados en derredor de la bandera. Allí, bajo aquel grandioso celaje de puesta de sol, entre los dorados trigos y las hierbas de los prados, aquellas masas de hombres, envueltos en confusa humedad, parecían un rebaño sorprendido en campo raso por el primer torbellino de una espantosa tormenta.

¡Qué modo de llover balas sobre aquel terraplén!

Sólo se oía la especie de chisporroteo de la fusilería, el sordo ruido de las gábatas que rodaban hacia el fondo del foso y las balas que de uno á otro extremo del campo de batalla vibraban cual cuerdas tendidas de un instrumento siniestro y atronador. De vez en cuando levantábase por encima de las cabezas la bandera que, agitada sin cesar por el viento de la metralla, se movía entre la humareda. Entonces resonaba una voz grave y enérgica dominando la fusilería, los lamentos de los moribundos y las imprecaciones de los heridos: «¡A la bandera, hijos míos, á la bandera!...» De pronto, cual misteriosa visión, un oficial se lanzaba hacia la enrojecida niebla, y la heroica bandera, animada de nuevo, se cernía aún en medio de la refriega.

Veintidós veces vino al suelo, y veintidós veces, con el asta todavía caliente de la mano de algún moribundo, fué tomada y levantada de nuevo, y cuando el sol se hallaba ya en el ocaso y los pocos que del regimiento quedaban—apenas un puñado de hombres—se batían lentamente en retirada, la bandera hecha jirones se hallaba en manos del sargento Hornus, el abanderado número veintitrés de aquella terrible jornada.

II

El sargento Hornus era un hombre rudo, un brutazo que apenas sabía firmar, y que se pasó veinte años para alcanzar los galones de sargento.

Todos las miserias del espíritu, toda la brutalidad del cuartel se adivinaban en aquella frente baja de hombre

resuelto, en sus espaldas encorvadas bajo el peso del moral, en aquel andar inconsciente de soldado en las filas.

El pobre era, además, tartamudo, mas para ser abandonado no hace falta la elocuencia. Aquella misma tarde, la tarde de la batalla, el coronel le dijo: «Valiente Hornus, tú tienes la bandera, procura guardarla.» Y en su miserable capote de campaña, echado á perder por la lluvia y el fuego, cosió al punto la cantinera los dorados galones de oficial.

Fué la única vez en su vida que se sintió orgulloso. De pronto, aquella facha de viejo veterano se animó, aquel infeliz, acostumbrado á andar encorvado, con la mirada fija en el suelo, tuvo una figura arrogante, la mirada en el aire para ver flotar aquellos jirones y mantenerlos levantados por encima de la muerte, de la traición y de la derrota.

Imposible imaginarse un hombre más feliz que Hornus en los días de batalla, cuando agarrando el asta de la bandera con ambos manos la mantenía sujeta y levantada. Ni hablaba, ni se movía. Grave como un sacerdote, parecía tener algo sagrado en sus manos. Toda su vida, toda su energía se reconcentraban en aquellos dedos con los que tomaba el hermoso andrajo dorado sobre el cual llovían proyectiles, y con la mirada provocadora y fija en los prusianos, que se hallaban frente á frente, parecía decirles: «¡Probad de venir á quitármela!...»

Nadie se atrevió, ni aun la misma muerte. Después de Borny y de Gravelotte, las más sangrientas batallas, aquella bandera se presentaba en todas partes, destrozada, horadada, llena de heridas, pero el viejo Hornus era quien la llevaba siempre.

III

Llegó el Septiembre; las tropas se hallaban sobre Metz; empezó el bloqueo, y durante aquel descanso interminable, entre el barro de los caminos, donde los cañones se enmohecían y los primeros soldados del mundo, desmoralizados por la inacción, faltos de víveres y de noticias junto á los bagajes, morían de fiebres y de fastidio, ni jefes, ni oficiales, ni nadie creía salvarse, sólo Hornus no había perdido la esperanza. Su andrajo tricolor ocupaba por completo su imaginación, y mientras la tenía junto á él parecía que nada se había perdido. Desgraciadamente, como ya nadie se batía, el coronel guardaba la bandera en su casa en una de las barriadas de Metz, y el valiente Hornus se hallaba en una situación parecida á una madre que tiene su hijo confiado á la nodriza. No dejaba de pensar en su bandera; cuando el fastidio le abrumaba se plantaba en Metz, y con sólo verla en el mismo sitio, tranquila, apoyada en la pared, regresaba animoso, resignado, y llevando á su mojada tienda los sueños de nuevas batallas, de marchas de frente, allá sobre las trincheras de los prusianos.

Una orden del día del general Bazaine le arrebató tan halagüeñas ilusiones. Una mañana, al despertar, observó en todo el campo de batalla un rumor especial. Los soldados formaban animados grupos, agitándose, dando gritos de rabia y levantando los puños señalando á la ciudad, como si su cólera indicase al culpable. Se decía muy alto: «Vamos á prenderle... ¡Que se le fusile!...» Y los oficiales consentían que se pronunciaran tales palabras... y andaban distraídos con la cabeza baja, y como avergonzados delante de la tropa. Lo que ocurría era, en efecto, vergonzoso. Acababa de leerse á ciento cincuenta mil soldados bien armados, y todavía dispuestos á luchar, la orden del mariscal que les entregaba al enemigo sin resistencia alguna.

—¿Y las banderas?... preguntó Hornus palideciendo.

—Las banderas serán entregadas como todo lo demás, con los fusiles y lo que nos queda de equipajes; en fin, todo...

—¡Mil bo...o...ombas!... tartamudeó el pobre hombre. No les entregaré la mía...

Y emprendió una carrera hacia la ciudad.

IV

Allí también reinaba vivísima animación. Guardias nacionales, paisanos, movilizados, gritaban y se agitaban. Comisiones de distintos cuerpos, impacientes y llenos de cólera, iban á ver al mariscal. Pero Hornus nada oía ni nada veía; subía por la calle del Faubourg hablando consigo mismo.

—¡Quitarme mi bandera!... Vaya, no es posible... ¿Hay alguien que tenga derecho para hacerlo? ¡Que dén á los prusianos lo que les pertenece, sus carrozas doradas y su hermosa vajilla traída de Méjico! Pero esto, esto es mío... Es mi honor; prohíbo que nadie me lo arrebatase.

Pronunciaba todas estas palabras entrecortadas é incompletas, á causa de su andar aprisa y de su tartamudez; pero en el fondo de su mente tenía muy clara la idea el pobre viejo. Idea clara y fija en su mente; tomar la bandera, llevársela del regimiento y atravesar con ella el ejército prusiano acompañado de los que quisieran seguirle.

Cuando llegó á la casa del coronel no le dejaron entrar. El coronel también estaba furioso y no quería ver á nadie... pero Hornus no quiso entenderlo así.

Y maldecía, gritaba, atropellando cuanto se oponía á su paso:

—¡Mi bandera, quiero mi bandera!...

Por fin abrióse la ventana:

—¿Eres tú, Hornus?

—Sí, mi coronel, yo que...

—Todas las banderas se hallan en el Arsenal... no tienes más que presentarte allí y te darán un recibo...

—¿Un recibo?... ¿Y por qué un recibo?...

—Es la orden del mariscal.

—Pero, coronel...

—¡Véte al diablo!...

Y la ventana se cerró.

El viejo Hornus quedóse tambaleando como un borracho.

—Un recibo... un recibo... repetía maquinalmente.

Por fin se puso á andar, no comprendiendo más que una cosa, ó sea que la bandera se hallaba en el Arsenal y que era preciso verla á toda costa.

V

Las grandes puertas del Arsenal estaban del todo abiertas para dar paso á los carros prusianos que, puestos en orden, esperaban en el patio. Al entrar Hornus, sintió un estremecimiento. Todos los demás abanderados, unos cincuenta ó sesenta oficiales, silenciosos y afligidos, estaban allí, detrás de los carruajes ennegrecidos por la lluvia. Veíanse grupos de hombres con la cabeza descubierta; aquello parecía un entierro.

Las banderas de la división de Bazaine se hallaban amontonadas y confundidas sobre el barro del suelo, en un rincón del patio.

¡Qué triste espectáculo! Los pedazos de seda de brillantes colores, las franjas doradas hechas jirones y las astas destrozadas; en una palabra, todos aquellos trofeos gloriosos tirados al suelo, manchados por la lluvia y el barro. Un oficial de la Administración las tomaba una á

una, y cuando pronunciaban el nombre del regimiento se adelantaba el respectivo abanderado y le entregaban un recibo. Dos oficiales prusianos, impasibles y graves, vigilaban el cargamento.

—¡Y os marcháis así, oh santos y gloriosos restos, desplegando vuestros jirones y cual alas rotas de moribundas aves barriendo el suelo tristemente! ¡Os vais con la vergüenza que acompaña siempre á las cosas hermosas manchadas, llevándoos cada una de vosotras un pedazo de Francia! El sol de las largas marchas se escondía entre vuestros pliegues. En las señales de las balas guardáis el recuerdo de muertos desconocidos que cayeron al azar bajo el estandarte desplegado.

—Hornus, te toca á tí... te llaman... vé á buscar tu recibo...

Y veía ya el papelito que se agitaba aguardándole.

La bandera se hallaba delante de él. Era la suya, no cabía duda, pues era la más hermosa, la más estropeada... Al verla parecíale que se hallaba todavía en aquel terraplén del ferrocarril. Oía silbar las balas, el ruido de las gábatas y la voz del coronel: «¡A la bandera, hijos míos!...» Luego sus veintidós camaradas nadando en sangre y él precipitándose á su vez para levantar la pobre bandera que, á falta de un brazo que la sostuviera, bamboleaba sin cesar. ¡Ah! aquel día juró guardarla y defenderla hasta la muerte. Y ahora...

Al pensar esto, toda la sangre de su corazón se le agolpó en la cabeza, y ebrio, loco, se arrojó sobre el oficial prusiano y le arrancó su querida enseña tomándola fuertemente con sus manos; luego intentó levantarla en alto gritando: «¡A la ban...!» pero su voz quedó sofocada en el fondo de la garganta. Sintió que el asta temblaba resbalando de entre sus manos. En aquel ambiente de fatiga y de muerte que pesa siempre sobre las ciudades vencidas ya no podía ondear, pues nada arrogante y noble podía vivir allí... Y el viejo Hornus cayó al suelo como herido por un rayo.

ALFONSO DAUDET.

Mi álbum

EL TRABAJO PERDIDO

COMO el volante brioso después de abierta la mano que le prestó movimiento, se queda luego girando,

Como después de lanzarse á la carrera el caballo, siguen, sin poder tenerse, sobre la tierra los cascós,

Como en las vueltas del baile los cuerpos entrelazados siguen después de la música el veloz ritmo marcando,

Así, cuando del cerebro termina el rico trabajo, el *volante* que lo mueve sigue en las vueltas lanzado.

Las imágenes más vivas, los pensamientos más altos, pasan entonces cual perlas en un collar desgranado.

Son las perlas que se pierden, son los restos del trabajo, sin hilo que los enlace, sin hebra en que estar atados.

Como, cansada, la pluma no puede al papel fijarlos, ideas y vibraciones brotan y pasan de largo.

A veces llena el cerebro un fugitivo relámpago tan palpitante y tan vivo que dan ganas de alcanzarlo;

Pero es tarde para hacerle vivir en el mundo plástico, porque la imagen rendida no puede arrojarle el lazo;

Y aquel fulgurar del genio se hunde del alma en el caos, como en el mar una piedra, como un soplo en el espacio.

¿En algún punto invisible del Universo en que vamos repercutirá esa fuerza desprendida del trabajo,

Y tomará forma y vida bajo un aspecto ignorado prestando el bien que no pudo dar al huir de las manos?

Onda que empuja á otra onda la hace rodar á algún lado, semilla que lleva el viento resurge y florece al cabo.

Virtud que el amor practica, por sigiloso y callado, vibra en alguna conciencia y deja en ella algún rastro.

Y si en la creación no hay nota sin ser parte de algún canto, y está el grandioso Universo por equilibrios formado,

Esa fuerza que se escapa de los dedos fatigados, acaso no se evapora y fecunde otros espacios.

Fecundaciones de vida son del poeta los cánticos, el golpe de los cincelos, y el surco de los arados.

La actividad es el ritmo de la fuerza palpitando, ¡la fuerza, sangre del mundo que robustece sus vasos!

Trabajadores de todo lo que forja el ser humano: ¡¡trabajad, que del cerebro no se pierde un solo rayo!!

EL ABEJORRO

Oyendo de la fuente sonar el chorro que parece una trenza de luz y plata, así, trazando círculos, un abejorro tocó en su *lira negra*, con una pata:

—En una de mis cuerdas opio dormita, y en otra la morfina con sus visiones, y en la pesada siesta que al sueño incita derramo el luto triste de mis canciones.

Yo llevo los misterios del hipnotismo en mis ecos confusos y cerdeantes que entran por los oídos al organismo y abaten los activos nervios vibrantes.

Todo son persistente provoca al sueño, el vaivén de la cima, la onda que canta, los émbolos que ritman con loco empeño, el canto de la fuerza que los quebranta;

Todo lo que es monótono y es inconsciente, la gárrula oratoria, los golpetazos

de los martillos músicos sobre el candente
hierro que poderosos labran los mazos,

Por la audición atenta van esparciendo
en el alma que oscila las sugerencias,
y ese poder hipnótico yo guardo y prendo
en la fúnebre urdimbre de mis bordones.

Cuando todo lo rindo, la siesta es mía;
vuelo entonces por lomas y por barrancos,
y voy hasta las fuentes que hay en la umbría
á admirar á los cisnes porque son blancos.

A lo lejos la lista del mar se pierde,
del mar, cantor eterno que el ritmo ensaya,
y con trágicos tumbos la arena muere
como amarrado cíclope sobre la playa.

Entrando en los cortijos paso corriendo
por librarme del odio de los zagales,
y allá mis negras alas abro y extendiendo
en las rompientes de oro de los trigales.

La cuadrilla abrasada de segadores
me tira, cuando cruzo, con sus guadañas,
y de las hoces miro los resplandores
destellar, como rayos, tras de las cañas.

En las crestas riscosas paro mi vuelo
y ante mí se eslabonan tierras y mares,
y oigo su canto heroico lanzar al cielo
al arpa de mil cuerdas de los pinares.

Aprendo de las plantas vidas y nombres
en el templo de templos, naturaleza,
y siento, aunque abejorro, más que los hombres:
la religión sublime de la belleza.

Me gusta ver lo grande, de sol bañado,
bajo el inmenso palio de azul celeste,
y en el rosál bravo ver extasiado
desliar su corola la rosa agreste.

De los montes desciendo por los arránques
y sigo la carrera de los mastines,
me copio en el espejo de los estanques,
y enluto las corolas de los jardines.

Y cuando hallo en las frondas una pareja
el idilio de Longo *representando*,
les pico en la inflamada sensible oreja
y me alejo mi lira negra sonando.

SALVADOR RUEDA.

Los conejos de Australia

Una ciudad invadida por conejos.—Origen de esta plaga.—Las devastaciones.—La proposición de M. Pasteur.—Un magnífico experimento.—Una tontería.—Comercio de las pieles.—¿Quién sabe?

Los lamentos de los habitantes de la Australia aumentan cada año; su país, tan fértil en otro tiempo, no tardará en convertirse en un inmenso desierto á causa de los grandes destrozos causados por los conejos. Nada menos que una población de 1,500 habitantes, Wilcamia, acaba de sufrir una invasión de estas tropas de roedores. Los tenderos se han visto obligados á defender las puertas de las tiendas colocando centinelas en ellas. Los muchachos callejeros persiguen á los conejos y los matan á pedradas; los muertos se cuentan por millares, y el alcalde se ha visto forzado á establecer un servicio especial para quitarlos de las plazas. Con lo dicho se comprenderá la extraordinaria importancia que tiene aquel terrible azote.

Por cierto que los australianos en el pecado llevan la penitencia, pues enriquecidos con la guerra de Secesión, no sabiendo cómo matar el tiempo, ocurrióseles á los colonos de aquel país la desdichada idea de formar vedados para la caza, poblándoles con conejos traídos de Europa.

Estos roedores, ya muy abundantes en nuestro continente, encontraron allí condiciones tan favorables á su existencia, que se reprodujeron de un modo asombroso, hasta el punto de que en tres años una sola pareja pudo contar catorce millones de descendientes. Este enorme aumento fué causa de que los conejos salieran fuera de los vedados, invadiendo poco á poco los campos y avanzando unos cien kilómetros cada tres años. Son voraces en tal extremo que devoran cuanto pueden alcanzar, las hierbas, los árboles y las raíces. Cuando han devastado una región, lo cual realizan con rapidez maravillosa, pasan á las haciendas vecinas, donde no tardan en destruir por completo todo cuanto podría ser útil á la cría del ganado. Confiados, por otra parte, en su gran número, no se preocupan poco ni mucho de los hombres, quienes, por más que hagan, apenas si pueden lograr una disminución en el ejército de los roedores.

Hace seis años que el gobierno de Australia, inquieto por semejante estado de cosas, ofreció un premio de 650,000 pesetas á la persona que diera á conocer un método para exterminar de una manera eficaz á los conejos, con la condición de que resultara inofensivo para los caballos, carneros, camellos, cabras, cerdos, etc., etc. En vista de ello, M. Pasteur propuso comunicar á los conejos una terrible enfermedad epidémica, «el cólera de las gallinas.» «Hasta el presente, decía, para destruir el azote se han empleado sustancias minerales, particularmente combinaciones fosfóricas. Empleando estos medios para destruir unos seres que se propagan según las leyes de una progresión espantosa se ha procedido erróneamente. ¿Pueden dar resultado los venenos minerales? Es verdad que éstos matan en el acto y en el sitio donde se han colocado; pero para exterminar seres con vida ¿no es mejor un veneno dotado, si se me permite la frase, de vida, y que como ellos pueda multiplicarse con una fecundidad espantosa? Opino, pues, y es mi deseo, que se busque un modo de llevar la muerte á las madrigueras de la Nueva Gales del Sur y de la Nueva Zelandia, procurando comunicar á los conejos una enfermedad que pueda convertirse en epidemia. Existe una que se conoce con el nombre de «cólera de las gallinas» y que ha sido objeto de repetidos estudios hechos en mi laboratorio. Pues bien, esta enfermedad es también propia de los conejos, y entre los experimentos que he practicado, se cuenta el siguiente: encerré en un recinto un regular número de gallinas, y procurándoles una alimentación que contenía el microbio, que es la causa del cólera de las gallinas, no tardaron mucho tiempo en morir. Me figuró que lo mismo acontecería con los conejos, y que al entrar en sus madrigueras y muriendo en ellas, comunicarían la enfermedad á los demás que á su vez la propagarían sucesivamente.»

Para demostrar esta proposición valióse M. Pasteur de un experimento muy conveniente. La señora viuda de Pommery poseía en Reims, junto á las bodegas del vino de Champagne, un cercado de ocho hectáreas completamente cerrado por una pared. Puso allí gran número de conejos que se multiplicaron abundantemente, y socavaron tan hábilmente el terreno que á la señora Pommery le resultaron infructuosas todas las tentativas que hizo para exterminarles. Entonces fué cuando se le ocurrió invitar á M. Pasteur á que practicara en aquel cercado los procedimientos que había aconsejado para destruir los conejos de la Australia. Al efecto se roció un montón de alfalfa y heno con un líquido que contenía el cultivo reciente del microbio del cólera de las gallinas y se dió como pasto á los conejos: algunos días después aquellos roedores,

cuyo número, según cálculos, excedía de mil, habían muerto.

Era de esperar, pues, que después de tan brillantes resultados, y en vista de la autoridad científica de M. Pasteur, no vacilarían un momento los australianos en emplear el procedimiento de destrucción indicado, y sin embargo, temiendo que perecerían al propio tiempo sus rebaños y aun que constituiría tal procedimiento un verdadero peligro para la salud pública, no lo emplearon.

Atiéndase que M. Pasteur aseguró muy formalmente que la enfermedad era inofensiva para los animales domésticos de las granjas, con excepción de las gallinas, pero no pudo convencerles. Ahora los australianos se lamentan,

y tal vez se arrepienten, de no haber seguido el consejo de aquel ilustre sabio.

Es digno de observarse, por último, que los australianos obtienen con el comercio de pieles de conejo algunos rendimientos que desgraciadamente no compensan las pérdidas sufridas por la agricultura. Dicho comercio es, sin embargo, de suma importancia, pues en el espacio de diez años la sola colonia de Victoria ha vendido 29.000.000 de pieles. Se ha intentado también la exportación de conservas de carne de conejo; pero desgraciadamente no ha dado buen resultado, porque los consumidores temen que la carne se halle impregnada de venenos empleados para exterminar aquellos animales.

ENRIQUE COUPIN.

VIAJE A LAS BALEARES

MALLORCA

(CONTINUACIÓN)

ANTES de retirarme al aposento que se me había destinado, uno de los hombres de la casa, provisto de una linterna, me invitó á que le siguiera. Acepté la invitación, y seguí á mi guía, que me precedía á corta distancia, sin desplegar los labios, á lo largo de un sendero tortuoso, flanqueado por robustos y retorcidos troncos. La noche era oscura, pues no había luna, resultando más vivo y centelleante el fulgor de los astros que tachonaban el firmamento.

Al cabo de un rato de marchar por tan extraño camino, trepamos á una roca y alcanzamos una reducida planicie, convertida en mirador, que rodean robustos pretiles.

—Mire usted, señor, me dijo mi guía.

Asoméme, y á mis ojos admirados ofrecióse un espantoso caos de árboles y peñascos, cuyas formas á duras penas lograba distinguir, y que formaban la escarpada y bravía costa, que descendía acantilada hasta profundidades inmensas, que hacía mayores la oscuridad, en el seno de las cuales, en aquel momento, dormitaba tranquilo el ancho mar.

A la izquierda se desarrollaba, hasta perderse de vista, el accidentado perfil de la costa, distinguiéndose de cuando en cuando, en el último término del horizonte, la luz procedente del faro giratorio de la Dragonera.

Imposible encarecer toda la grandiosidad que se encierra en semejante espectáculo. Embebecido en su contemplación permanecí largo rato, al cabo del cual, dando las gracias á mi guía, entré de nuevo con él en la hospedería.

Silenciosa ésta y solitaria, duérmese en ella á pierna suelta, máxime cuando se ha pasado el día recorriendo aquellos vericuetos, trepando á las cumbres y descendiendo á las simas.

Mucho tiempo hacía que el sol había salido cuando bajé á la cocina. Antes, sin embargo, había echado un vistazo al mar y á los bosques, y llenado mis pulmones, respirando el ambiente saturado de los agrestes perfumes de la sierra y de las salobres brisas marinas.

En mi paseo matutino dirigíme casi inconscientemente

hacia el sitio de la escarpada costa en que se levanta la torre de Valldemosa. Es ésta una torre de vigía en la cual no hace aún muchos años hallábanse instalados algunos vigilantes.

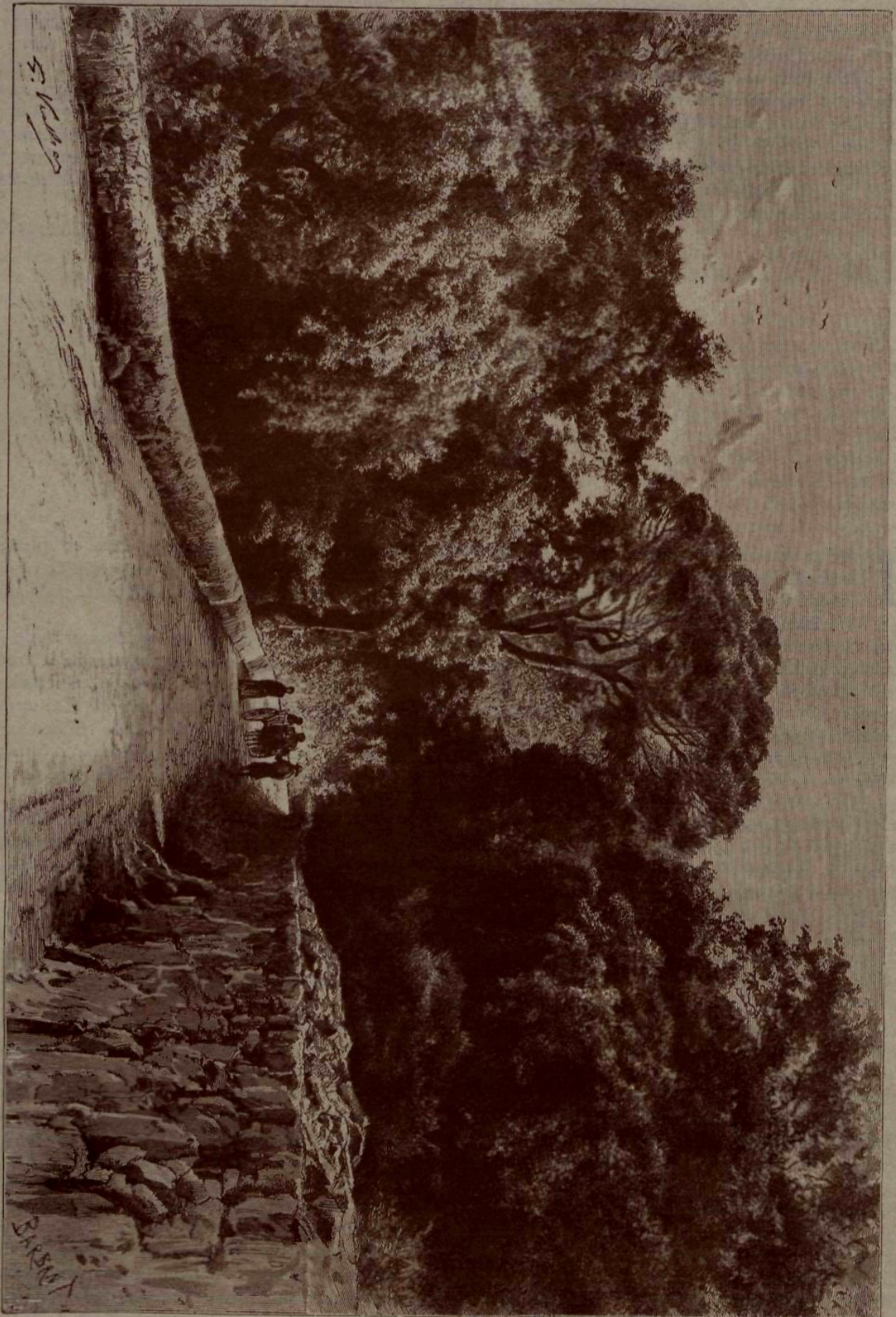
Todos ó los más de los promontorios de Mallorca se hallan coronados por construcciones de la propia naturaleza, construcciones que hicieron necesarias las excursiones de los piratas argelinos por el Mediterráneo, y los rebatos que daban á las playas con frecuencia verdaderamente extraordinaria, y que se realizaron durante algunos siglos, especialmente después de la rota de Carlos V en África.

Los corsarios en general, y especialmente los argelinos, que eran de todos los más crueles y temerarios tenían aterrizada á la Europa entera. En nuestros días, la nación francesa, por una serie de concausas que no hay para qué especificar, logró destruir la guarida de esos bandidos que, sin respeto ni temor, así atacaban los buques en el mar como devastaban las poblaciones de las costas, reduciendo á sus moradores á la triste condición de esclavos.

Al terror que los corsarios inspiraban se debe la construcción de las torres de que estamos hablando, y desde ellas, con humazos durante el día, y por medio de hogueras en las horas de la noche, sistema de señales debido á un astrónomo mallorquín, comunicábanse las noticias los *guaytas* ó vigías sostenidos por el erario público, instalados en las torres de Mallorca, Ibiza, Cabrera y Dragonera, con lo cual los habitantes del país estaban al tanto de los buques que rondaban las costas, de su procedencia y de su dirección.

Llegado al pie de la torre, sentéme sobre una roca que salpicaban motitas de micascuisto que brillaban como el oro, y cubrían en parte las hojas de los arbustos humedecidas aún por el rocío de la mañana. Ante mis ojos se extendía el mar, levemente agitado, cuya superficie aparecía sembrada de puntos brillantes.

El silencio que reinaba en derredor, hallábase de cuando en cuando interrumpido, ora por el vuelo de los



MALLORCA. — ENTRADA DE MIRAMAR



MALLORCA. — LA FORADADA

saltamontes á través de las hierbas secas, ora por el susurro desapacible de algùn insecto que cruzaba el espacio en vuelo desatentado, por el grito estridente de alguna gaviota, ó por el rumor producido por tal ó cual lagarto que volvía asustado á su madriguera.

En medio del recogimiento á que invitan esta calma y tan profundo silencio, mi pensamiento retraía á la memoria á aquellos siglos en los cuales estas playas tan tranquilas eran continuado teatro de escenas de muerte y destrucción; sus pacíficos habitantes eran presa del temor y continua zozobra, y este mar que, en cierto modo, les protege actualmente, constituía un peligro y una amenaza continua á su tranquilidad.

Fijándome en la atalaya de Valldemosa, parecíame contemplar al vigía en ella instalado, levantando la hoguera cuyas llamas se distinguen desde la punta del *Caball Bernat*, y que correspondiéndose con las establecidas en todas las cimas y en todos los cabos hasta la Dragonera, la cala Figuera y la de la Señal, llevaban la alarma á

alabanzas, y cuyos ocios divierte escribiendo é ilustrando libros que andando el tiempo serán verdaderas maravillas, tales como los volúmenes consagrados á la descripción de las Baleares, verdadero monumento elevado á la grandeza de este país; los viajes á Axos, Antipaxos y Hobar-towu, y este libro bello y apacible traducido al francés y publicado en casa Ollendorf con el título de *Feuilles volantes d'Abaxia*.

Encaminéme, pues, á Miramar, siguiendo el camino que pisara el día precedente.

Al llegar á corta distancia de la habitación, presentóseme uno de los criados para decirme que el príncipe me aguardaba en la Estaca, casa de recreo situada junto á la orilla del mar, una media hora escasa de distancia, á lo largo de un camino de pendiente tan rápida y pronunciada que es imposible recorrerlo en carruaje.

—Tengo orden de acompañaros, añadió el enviado.

Y guiado por él emprendí el maravilloso camino, que se desarrolla unas veces en medio de selváticas malezas, otras sobre cubiertas peñas, y siempre como suspendido en la inmensidad.

Llegamos á la Estaca. El sol teñía con sus rayos de oro esta linda casa blanca, en tanto que las olas murmuraban cadenciosas en el fondo de una pequeña ensenada, en la cual se distinguen algunas humildes cabañas de pescadores que bañan sus cimientos en las inquietas aguas.

El archiduque me dispensó una afectuosa acogida: más que un príncipe que trataba de obsequiarme, parecía un artista, un amigo, que tenía empeño en darme testimonio elocuente de su aprecio y extrema-da sencillez.

Al cabo de breves instantes nos sentamos á la mesa en compañía del administrador general de sus posesiones, el director del Instituto de Palma, don Francisco Manuel de

los Herreros, y de un caballero de Ciudadela que había ido á pasar unos días en Miramar.

Antes de emprender mi viaje había leído en París el interesantísimo relato hecho por M. Donnadieu, de la excursión verificada á Mallorca por los felibres, llamándome poderosamente la atención en ella ciertos detalles referentes á las primeras relaciones del archiduque con el expresado director.

Éstas comenzaron en medio del mar, hará como veinte años. El archiduque, herido en lo más íntimo de su corazón por la muerte de una prima adorada, con la cual iba á unirse en matrimonio, y que pereció en medio de acerbos dolores, por haberse incendiado sus vestidos, ya que no un olvido, buscaba un calmante á su amarga pena. Al efecto estaba viajando por España, y huyendo de las disensiones que por aquella época reinaban en ella, embarcóse para Mallorca. En el buque se encontraba el señor de los Herreros, persona dotada de profundos y vastos conocimientos y elevado espíritu, que se le hizo por demás simpático, tanto que, comenzando por tratarle como amigo, convirtiólo más tarde en administrador general de sus inmensos bienes.

Y téngase en cuenta que el archiduque jamás intentó ser lo que se llama un propietario rural. Seducido por el



El camino del mar

Palma, en tanto que por el lado opuesto, las llamas procedentes de la hoguera levantada en Soller, ponían en guardia á los habitantes desde la Mola de Tuent y Pollensa hasta la bahía solitaria de Alcudia y el cabo de Pera.

Ante la inminencia del peligro, indicado por tan siniestras señales, la ciudad se conmueve. Parecíame escuchar el fragor de las armas de los que se apercebían al combate y el plañidero son de la campana tocando á rebato, y difundiendo la alarma por todas partes en medio del silencio de la noche.

¡Moros, moros en la costa! se gritaba por todas partes, y todo el mundo se disponía á vender caras sus vidas en defensa de sus bienes y de su libertad...

La naturaleza que me rodeaba volvióme á la realidad de la existencia. El sol brillaba con todo su esplendor, filtrándose sus rayos al través de las ramas; las avecillas llenaban el ambiente con sus dulces gorjeos, y á lo lejos se oía el placentero rumor de las olas al chocar contra las peñas de la costa.

Horas y más horas habría permanecido en la contemplación de espectáculo tan arrobador; pero no podía detenerme: había llegado el archiduque, y ardía en deseos de conocer á ese príncipe artista, á ese ilustre solitario de cuya modestia y sencillez se me habían hecho no pocas

espectáculo que le ofrecía la situación de Miramar, por la calma que se disfrutaba en medio de aquellas seculares arboledas, á las cuales llegaba á duras penas la mano del hombre, y por la grandiosidad de los horizontes que limita el mar en lontananza, su ambición se limitaba á ser dueño de Miramar y de los terrenos que le rodean.

Consiguiólo, y desde luego dió orden á sus servidores y empleados que respetaran los añosos olivos, los pinos seculares y las gigantescas encinas, que viejas, retorcidas, llenas de hendiduras, llenaban de grandeza y salvaje magnificencia aquella incomparable posesión.

Llegó un día, sin embargo, en que las aves que alegraban aquellos alrededores con sus trinos y gorjeos, enmudecieron de repente, y á sus voces regocijadas y apacibles sucedieron los golpes acompasados é ingratos del hacha, que repetían los ecos de los bosques.

¿Qué significaba aquello? El dueño de una propiedad lindante con Miramar derribaba un árbol centenario. Estaba en su derecho, pero el archiduque lo estaba también en intentar la adquisición de aquel predio, á fin de evitar semejante vandalismo, y lo consiguió, bien que pagándolo á elevado precio.

Pasaron algunos días, y se reprodujo el hecho en el lado opuesto de Miramar, y el archiduque apeló al mismo sistema. Este era muy del agrado de los dueños de aquellos predios, y llegó un tiempo en que el señor de Miramar no podía asomarse á las ventanas de su casa sin que llegaran á sus oídos los hachazos con que se derribaban los árboles gigantescos que los siglos respetaran.

Y de un predio á otro predio, empeñado siempre en respetar esos mudos testigos de los tiempos pasados, dejando que mueran lentamente de vejez en el suelo en que han envejecido, fué adquiriendo terrenos inmensos, invirtiendo en ellos millones y millones.

El almuerzo fué agradable, siquiera ceremonioso, como no podía menos, y la conversación se sostuvo en castellano, en mallorquín y en francés, idioma en el cual se expresa perfectamente el archiduque, lo mismo que el director señor Herreros.

De él conservaré siempre un grato recuerdo, así como del mar, que se extendía tranquilo ante nuestras miradas hasta perderse en lontananza, en tanto que las palomas semi-silvestres, cual flores voladoras, cruzaban en raudo vuelo la inmensidad azul.

Terminado el almuerzo montamos en las cabalgaduras que se hallaban dispuestas, y siguiendo un sendero abierto en la accidentada costa nos dirigimos á Son Masroig, propiedad del archiduque, en la cual habita su secretario particular. Dudo que exista en el mundo un camino más bello que el que seguimos, durante los cinco kilómetros que median entre una y otra casa. Al principio se abre paso entre robustos pinos, frondosas encinas, lentiscos y otros arbustos que llenaban el ambiente de gratos perfumes. Después continúa á lo largo de la costa erizada de peñascos, contra los cuales se estrellan espumosas las olas, en tanto que forma al lado opuesto una como muralla inaccesible, la escarpada montaña que se eleva hasta per-

derse de vista, ofreciendo el espectáculo de rocas inmensas, cavidades enormes y profundos barrancos, que dejan ver monstruosas, gigantescas y retorcidas raíces, sostén de los árboles que se mecen acariciados por la brisa del mar.

Para que pueda formarse idea de los accidentes de ese camino, bastará decir que ha sido indispensable empujarlo, en determinados trechos, para evitar que las olas lo arrastrasen y deshicieran en días de tempestad.

De repente vese avanzar dentro del mar un peñasco rojo, monstruoso, inmenso, que se distingue por una abertura ó agujero inmenso, bajo cuya bóveda anidan las águilas. Este peñasco es conocido en el país con el nombre de la *Foradada*.

A partir de este punto, el camino se alza á lo largo del acantilado, por medio de una especie de escalinata de piedras de tan agria pendiente, que á duras penas pueden trepar por ella las caballerías. Súbese por ella durante largo rato, describiendo curvas y revueltas, y al cabo de poco tiempo de subir, se ha alcanzado tal elevación, que



La pequeña ensenada de *La Estaca*

las rocas existentes en la playa semejan pequeños cantos rodados. Y continúa la ascensión, y no parece sino que la enorme *Foradada* sobresale muy poco de la superficie del mar, como en un mapa un promontorio insignificante cuyos contornos se revelan por una suave tinta azul.

Alcanzamos una meseta, en la cual disfrutamos la sombra de frondosos olivos, y al cabo de pocos minutos nos apeamos junto á la puerta de Son Masroig.

Inmediatamente salieron á nuestro encuentro unos preciosos niños de ojos azules y rubia cabellera, á los cuales acarició afectuosamente el archiduque. Eran los hijos de su secretario particular.

Y después de haber descansado breves instantes, hablando con éste y su amable esposa, despedíme del archiduque, que llevando hasta el extremo su proverbial amabilidad, insistió repetidas veces para que permaneciera en su morada.

—Quédese usted, me decía: cuanto tengo está á su disposición: elija la que quiera de mis habitaciones, y cuanto más tiempo permanezca en ella, mayor prueba me dará de su afecto, y de la satisfacción con que habrá aceptado mi cordial oferta.

No me era posible: separéme, pues, de él, verdaderamente emocionado, y tomé mi *galera* que debía condu-

cirme á Deá y á Soller, al tiempo que volvían cantando de sus cotidianas tareas muy lindas labradoras, que por medio de sombreros de paja de anchas alas protegían sus cabezas de los rayos del sol.

El camino continúa abierto sobre una elevada cornisa que desde prodigiosa altura domina el mar; hasta que á un momento dado tuerce á la derecha, y penetra en las tierras que cruza el proceloso Deá.

El paisaje cambia repentinamente, y todo indica que los habitantes de esta región han de ser sumamente laboriosos, puesto que han debido conquistar á fuerza de trabajo y convertir en tierras de labor las rocas que forman la base de los campos que cultivan.

Las casas de Deá se hallan diseminadas por el fondo del valle y las pendientes de las montañas, rodeadas de frondosa vegetación y de rientes jardines.

Fertilizan los campos las aguas que proceden de las regiones superiores, y se precipitan abundantes por las laderas, difundiendo por todas partes la frescura y la abundancia. La iglesia, aislada sobre una suave colina, ocupa el fondo del valle.

No se distingue el mar, y sin las naranjas que se destacan sobre el fondo verde oscuro de las hojas; sin las palmeras, cuyas ramas se mecen balanceadas por la brisa, y sin las prolongadas hileras de los olivos, que parecen de



Una labradora de Miramar

lejos cenicientos surcos, imaginárame hallarme en una linda aldea perdida en el fondo de nuestros Pirineos.

Deá producía en mi espíritu algo como una visión de frescura y calma, cuando de pronto vino á sacarme de mis imaginaciones el magnífico é inesperado espectáculo del valle de Soller, rodeando una cadena de elevadas montañas, cuyas estribaciones inferiores, lo mismo que la planicie del fondo, están cubiertos por una vegetación lozana y abundante, en la cual se ven todos los matices del verde, en tanto que llenan el ambiente los suaves perfumes que de esos verdaderos é inmensos jardines incensantemente se desprenden.

Imposible formarse una idea sin verlo del aspecto que ofrecen aquellas tierras, que semejantes á las gradas de un anfiteatro inmenso, se elevan desde el fondo del valle, y en las cuales, al lado del olivo, crecen como en frondoso verjel el níspero, el limonero, el manzano, la palmera, el almendro, el plátano, el cerezo, la higuera, el melocotonero, el albaricoquero y otros frutales, en medio del

verdadero océano de naranjos que cubre por completo el fondo del valle.

Si algo puede dar idea del decantado Jardín de las Hespérides, es sin duda el valle de Soller.

Refiere Laurens, que ha visto pies de naranjos que han rendido hasta dos mil quinientas naranjas, y que él hizo cortar de una parra un racimo que pesó veintidós libras.

Como las casas de Soller son blancas, al destacarse sobre el fondo verde, parecen bandadas de palomas paseando sobre un tapiz inmenso salpicado de flores.

Generalmente se cree que la isla de Mallorca está completamente cubierta de naranjos, y á un marino que durante largos años hizo la travesía entre Marsella y Argel, le oí decir que no una, sino muchas veces, y como la dirección del aire fuera favorable, había percibido desde la cubierta de su buque á muchas millas de distancia el delicioso perfume del azahar. Tal vez sea cierto; pero lo dudo, porque las Baleares en general, y especialmente Mallorca, no son tan abundantes como se presume en naranjos. Soller constituye una verdadera excepción. De su comarca puede decirse que sale todo el fruto que se exporta, y que, desgraciadamente para sus moradores, se ha reducido á la mitad á consecuencia de una plaga que de algunos años á esta parte se ha cebado en aquellos árboles.

C. V. DE V.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

Alfonso Daudet

Entre los primeros novelistas franceses de esta época ha de colocarse á Alfonso Daudet, cuyo exactísimo retrato publicamos en este número. Pertenece Daudet á la escuela naturalista, pero no figura en el número de los que le han exagerado admitiendo por buenas para la novela toda clase de escenas por más que repugnen al buen gusto y que sean contrarias á la moral y al decoro. Daudet busca en la realidad los elementos de sus novelas y de sus cuentos, y con la observación incansante allega un caudal de datos que combina luego, compone y modifica hasta obtener la obra literaria y artística. De ningún modo recomendaríamos todas sus narraciones, antes al contrario, pondríamos en guardia á nuestros lectores contra *Fromont jeune et Risler aîné*, *Le Nabab* y otras varias en las cuales abundan las situaciones escabrosas, no censuradas por el autor como deberían serlo, y que no vienen contrarrestadas por hechos y espectáculos que adoctrinen y sirvan de edificación á los lectores. En cambio podemos recomendar sin reserva una novela larga como *Petit chose*, y los cuentos y narraciones cortas—de las que hemos publicado varias, y en este mismo número va una de ellas—dedicadas casi todas á ensalzar tipos y acciones buenas y simpáticas. En estas obritas Alfonso Daudet acredita que sabe pintar por medio de la palabra. Bástanle contadas frases para retratar á un personaje, para describir un paisaje, para revelar un estado del ánimo. La sobriedad más admirable preside en estas narraciones, que, sin embargo, tienen vigor y brillante colorido. Estas obras fueron las que dieron primero fama á Alfonso Daudet y han sido acaso las que más han contribuido á extenderla por su patria y por las naciones extranjeras. Daudet es relativamente joven todavía, puesto que nació en Nimes el 13 de Mayo de 1840. En algunas de sus obras ha pintado admirablemente al Mediodía y á los meridionales, siendo tipo felicísimo de los últimos su Numa Roumestan.

Alejandro I rey de Servia y sus padres Milano I y Natalia

Hace poco tiempo la prensa política de Europa se ocupó en el golpe de Estado que dió el joven rey de Servia Alejandro I, proclamándose mayor de edad y derribando la Regencia que se había establecido al abdicar su padre la corona. Mostró en este acto el referido monarca que

poseía resolución y valor, los cuales pueden servirle en adelante para la gobernación de sus pueblos, más que medianamente agitados por las pasiones políticas. Alejandro I nació en Belgrado el día 14 de Agosto



ALEJANDRO I, REY DE SERVIA

de 1876 y sucedió á su padre al abdicar éste en 6 de Marzo de 1889, constituyéndose entonces una regencia compuesta de los señores Ristich, Belmarkovieth y Protitch.



EL REY MILANO I

El ex rey Milano nació el 22 de Agosto de 1854, siendo hijo de Miloch Yephremovitch y de María Katargi. Fué príncipe soberano de la



LA REINA NATALIA

Servia en 3 de Marzo de 1878 y rey de la propia nación, con el nombre de Milano I, en 6 de Marzo de 1882. En 1892 tomó en París el título de conde de Takova. La ex reina Natalia, esposa del rey Milano y celebrada

por su belleza, nació en 14 Mayo de 1859, siendo hija de Pedro Ivanovitch Kechko. El matrimonio de estos soberanos fué desgraciado y por resultado de disensiones domésticas se divorciaron los reyes esposos en Octubre de 1888.



Las principales partes de que se componen los maravillosos aparatos que se conocen con el nombre de relojes de bolsillo son: el *resorte motor* que consiste en una lámina de acero templado, muy elástico y arrollado en forma de espiral que da impulso á la máquina por el esfuerzo que continuamente hace para extenderse; el *escape*, que es el regulador del movimiento; las *ruedas*, el conjunto de las cuales forma lo que se llama el movimiento; la *rueda espiral* y su *cadena*: el *cuadrante*, sobre el que se mueven las agujas, y por último, la *caja*, dentro de la que se encierran todas las piezas indicadas.

Los relojes más comunes, más antiguos, más baratos, pero también los más inferiores en calidad, son los de péndola, pero los mejores indudablemente son los de cilindro.

Las varias piezas de que se componen los relojes se fabrican por obreros especiales y en sitios distintos: Salins, Besançon, Ginebra y algunas otras ciudades suizas proporcionan resortes para los relojes finos, — los resortes se terminan y templan en París; — las cadenas se fabrican en Besançon, Montbeliard y Suiza; de agujas comunes de acero provee casi exclusivamente Besançon, pero las de acero fino con oro se fabrican en Ginebra; París no hace más que las necesarias para las reparaciones y la venta al por menor; las péndulas proceden de Suiza, particularmente de Charquemont; en Besançon se fabrican los cuadrantes de los relojes de bolsillo. Sin embargo, en París se terminan y componen. Esta última ciudad y Londres son las dos más reputadas para la compra de relojes superiores.

Se cree que los primeros relojes de bolsillo se fabricaron en 1500 por Pedro Hele, en Nuremberg; se les conocía con el nombre de *huevos de Nuremberg* á causa de la forma oval que tenían; más tarde se perfeccionaron gradualmente por la invención de la husada, la cadena de acero y el resorte espiral. Durante mucho tiempo tuvieron un tamaño muy incómodo; el relojero Lepine encontró el medio de darles otra forma. Los relojes de repetición fueron inventados en Inglaterra en 1676.

En nuestros días han sido objeto de tan gran número de perfeccionamientos que es imposible indicarlos ni aún someramente.

* * *

Un soldado espartano, herido mortalmente por una flecha, dijo al morir que no echaría de menos la vida, pero que era para él una cosa muy dura morir sin haber hecho nada digno de gloria, y á causa de un flechazo de un afeinado arquero.

* * *

Un ciudadano de Chio, apellidado Onomadeo, después de una revolución en la que había triunfado su partido,

aconsejaba á sus amigos que no echaran de la ciudad á todos los vencidos y antes bien procuraran conservar algunos: «Si no hacéis esto, decía, careciendo nosotros de enemigos, es muy posible que nos disputemos con nuestros amigos.»

* * *

Crates el cínico contemplaba en un mercado á los compradores y á los vendedores y exclamó:—¡Ved cómo son todos felices haciendo cosas contrarias, y yo también lo soy sin tener nada que comprar ni que vender!

* * *

Agesilas amaba con gran ternura á sus hijos y tomaba parte en sus juegos montando en un bastón como si fuera un caballo. Como en cierta ocasión lo encontrara en esta

postura uno de sus amigos, suplicóle Agesilas que antes de ser padre no lo contara á nadie.

* * *

Preguntaron á Aristides qué es lo que durante su destierro le había causado mayor pena, y contestó:—Lo que más pena me ha causado ha sido que al desterrarme mi patria se deshonrara.

* * *

Habiendo preguntado á Aristipo qué ventaja le había proporcionado el estudio de la filosofía, contestó:—El de poder conversar libremente con todo el mundo.

* * *

Tuvo Juan Rufo una pendencia con un hombre, que



PALACIO REAL DE BELGRADO.

se murió dentro de seis días (cuando ya estaba bueno y sano), y dijo cuando lo supo:—¡Qué necio fuera yo en matar aquel hombre, que había de vivir seis días, y me le hicieran pagar como si hubiera de vivir cien años!

* * *

Recibió uno cierta cuchillada en la cabeza, al dividir dos desafíos; y curándole el cirujano, como anduviese descubriendo si acaso se le viesen los sesos, dijo el paciente:—No tenéis que buscarlos, pues á haber yo tenido sesos, no me hubiera entrado en lo que me metí.

* * *

Contaba un caballero (á quien tenían todos por mentiroso) á un paje suyo algunas cosas, no dignas de ser creídas; y advirtiéndole el amo que se había quedado admirado, le preguntó:

—¿Qué dices de esto?

Y el paje respondió:

—Señor, que si eso que usted dice lo dijera yo, fuera mentira.

* * *

Dijo un discreto que el que pleiteaba con malos fundamentos, debía al acreedor la hacienda y se la pagaba al letrado.

* * *

Para quitar una mancha de aceite sobre mármol ó *parquet* se echa una pequeña cantidad de bencina sobre ella, se la deja por espacio de algún tiempo y se le pone tierra arcillosa (tierra de batán) la cual absorbe el líquido; se repite la operación varias veces.

* * *

El aceite conservado en botes de cobre con grifo muy fácilmente se vuelve rancio. Puede evitarse echando en la superficie del mismo una pequeña capa de alcohol fuerte que impida el contacto del aire.

* * *

Cuando estamos enfermos subimos á un grado de per-

fección extraordinario. ¿Se ve el enfermo atormentado por la avaricia ó los placeres? No, ya no es esclavo del amor, ni le inquieta la ambición; desprecia las riquezas y le basta lo poco que posee puesto que tiene que dejarlo. Entonces se acuerda de los dioses y de que es hombre. No más envidia; no más caprichos; no más desdenes. Los maldicientes ya no le interesan, ya no le agradan. Los baños y las fuentes; he aquí lo que anhela; he aquí la meta de sus deseos: ya no desea para el porvenir, caso de curarse, más que una vida tranquila y una dicha inocente. De lo cual se deduce tanto para tí como para mí, una lección que vale por lo menos tanto como todas las de los filósofos, y es que nos basta cuando hemos recobrado la salud llevar el género de vida que nos propusimos estando enfermos.—PLINIO EL JOVEN.

* * *

Para juzgar de la importancia real de un individuo, no hay como figurarse qué efecto causaría su muerte.—DE LÉVIS.

* * *

Una crítica injusta equivale á un elogio indirecto.—***

* * *

Lo que llamamos *liberalidad*, muchas veces no es más que la vanidad de dar.—LA ROCHEFOUCAULD.

* * *

La mujer de un carbonero es más respetable que la manceba de un príncipe.—J. J. ROUSSEAU.

* * *

El exceso de modestia es un exceso de orgullo.—CHENIER.

* * *

La resignación nace cuando la esperanza muere.—J. M.



CAMBIO DE DOMICILIO

Es sabido que la densidad del agua aventaja á la del vino; y esto se prueba fácilmente mezclando los dos líquidos y dejándolos un buen rato en reposo: al cabo de algunos minutos el vino quedará casi aislado en la superficie del agua por ser más ligero que ésta: pero hay medio de hacer esta experiencia de un modo más visible y concluyente y sobre todo más misterioso y pintoresco. Basta para ello colocar la copa que contiene agua en situación invertida, encima de la que contiene vino; esto parece difícil pero no lo es, porque encima de la copa del agua se habrá colocado un papel fuerte, y adhiriéndolo con la mano de manera que el aire no pueda penetrar, al volverlo bruscamente en situación invertida, queda el papel adherido é impide la caída del agua, privada de la acción del peso de la atmósfera: entonces se coloca con cuidado la copa del agua encima de la del vino, y una vez estén perfectamente unidas por su borde superior se va haciendo correr el papel de modo que no se mezclen en seguida

ambos líquidos, y al cabo de poco rato se verá como el agua baja al recipiente inferior y el vino sube al piso principal.

Este experimento tan curioso es muy fácil cuando se ha hecho una vez con éxito: el mal resultado depende, en la mayoría de los casos, del miedo que se tiene á verter el agua cuando se invierte la copa. Si el papel cubre bien la superficie y no deja penetrar el aire, todo irá bien. Es de advertir que cuanta más graduación alcohólica tenga el vino, mayor tendencia tendrá á subir hasta la cúpula del edificio improvisado, fenómeno nada raro porque se observa con mucha frecuencia tratándose de otros recipientes vivos.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A la charada en prosa:

RA-MI-RO

Al logogrifo numérico:

MARCELIANO

Al rombo:

A
EME
ELENA
AMÉRICA
ATILA
OCA
A

A la combinación:

DIAMANTE
OROPESA
LEANDRO
DIONISIO
REGRESO
ENCUBRÍ
SILVERIO

CHARADA

—Dime qué es.

—Cuatro letritas

y dos de ellas repetidas y desde Apolo al rey Midas osténtanlas variaditas.

—¿Adivinaste?

—No á fe,

doy por perdida la apuesta.

—Pues mi *todo, todo* cuesta:

aguarda y te lo diré.

PHILO.

CUADRADO NUMÉRICO

Sustitúyanse en el cuadrado los espacios comprendidos de todas las casillas por números, de modo que sumados verticalmente, horizontalmente ó en cruz, á partir de uno cualquiera de los vértices que forman los lados del cuadrado, nos den ciento de resultado.

F. ANGLADA BEJAR, de Vélez Málaga.

BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO

COLECCIÓN DE OBRAS ESCOGIDAS

DIRECTOR:

Dr. J. Corominas y Sabater

Obras publicadas y en venta

La Terapéutica antiséptica, por el Dr. Trouessart.
 Tratamiento de la fiebre tifoidea, por el Dr. Juhel Rénoy.
 Patogenia y tratamiento de las nefritis y del mal de Bright, por el Dr. Labadie-Lagrave.
 Neurastenia, por el Dr. A. Mathieu.

En prensa

Tratamiento de la tisis pulmonar, por el Dr. G. Daremberg; 2 tomos.
 De la esterilidad en la mujer y su tratamiento, por el Dr. de Sinety.

En preparación

La Difteria, por el Dr. H. Bourges.
 La Bronco-pneumonia, por el Dr. E. Mosny.
 Úlcera del estómago, por los Dres. G. M. Debove y J. Renault.
 El Raquitismo, por el Dr. Comby.

La BIBLIOTECA CONSULTIVA DEL MÉDICO PRÁCTICO se publica por tomos de 200 á 300 páginas, en 8.º, apareciendo un tomo cada mes, al precio de 350 pesetas en rústica, y 5 pesetas con piel negra, flexible, canto superior dorado y rótulo de la misma clase.

Edición monumental

MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

OBRA ESCRITA POR

Arias (D. Juan de Dios), Chavero (D. Alfredo), Riva Palacio (D. Vicente),
 Vigil (D. José María), Zárata (D. Julio)

Esta suntuosa edición consta de cinco tomos ilustrados con riquísimos grabados, cromos, láminas sueltas, y regalo de una espléndida oleografía de gran tamaño al final de cada tomo. Se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno, y el coste total de la obra es de 157 pesetas.

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 298 páginas en 4.º impreso con papel superior y tipo-arranca y no obstante sus recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

Dr. C. Krensch

POR EL



Vigor
del
Cabello
del
Dr. Ayer,

Preparado Bajo
Bases Científicas
y Fisiológicas.

para el
To-
cador.

El Cabello cuando no se le cuida debidamente pierde su lustre, se pone duro, rasposo y seco, y se cae con profusión al peinarse. Para impedirlo la preparación mejor es el **Vigor del Cabello del Dr. Ayer.**

Destruye la caspa, cicatriza los humores molestos del cráneo, devuelve su color original al cabello descolorido y gris, lo pone sedoso y le comunica una agradable fragancia. Con el uso de este cosmético la cabeza menos poblada se cubre de un cabello

Exhuberante y Hermoso.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer es un artículo de tocador muy en voga entre las señoras y caballeros, y éstos les hace un señalado servicio porque les devuelve y conserva la juvenil apariencia de su barba y bigote.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E.-U.-A. Lo venden los Farmacéuticos y Perfumistas.

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PENA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano, **SANATORIUM**

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.